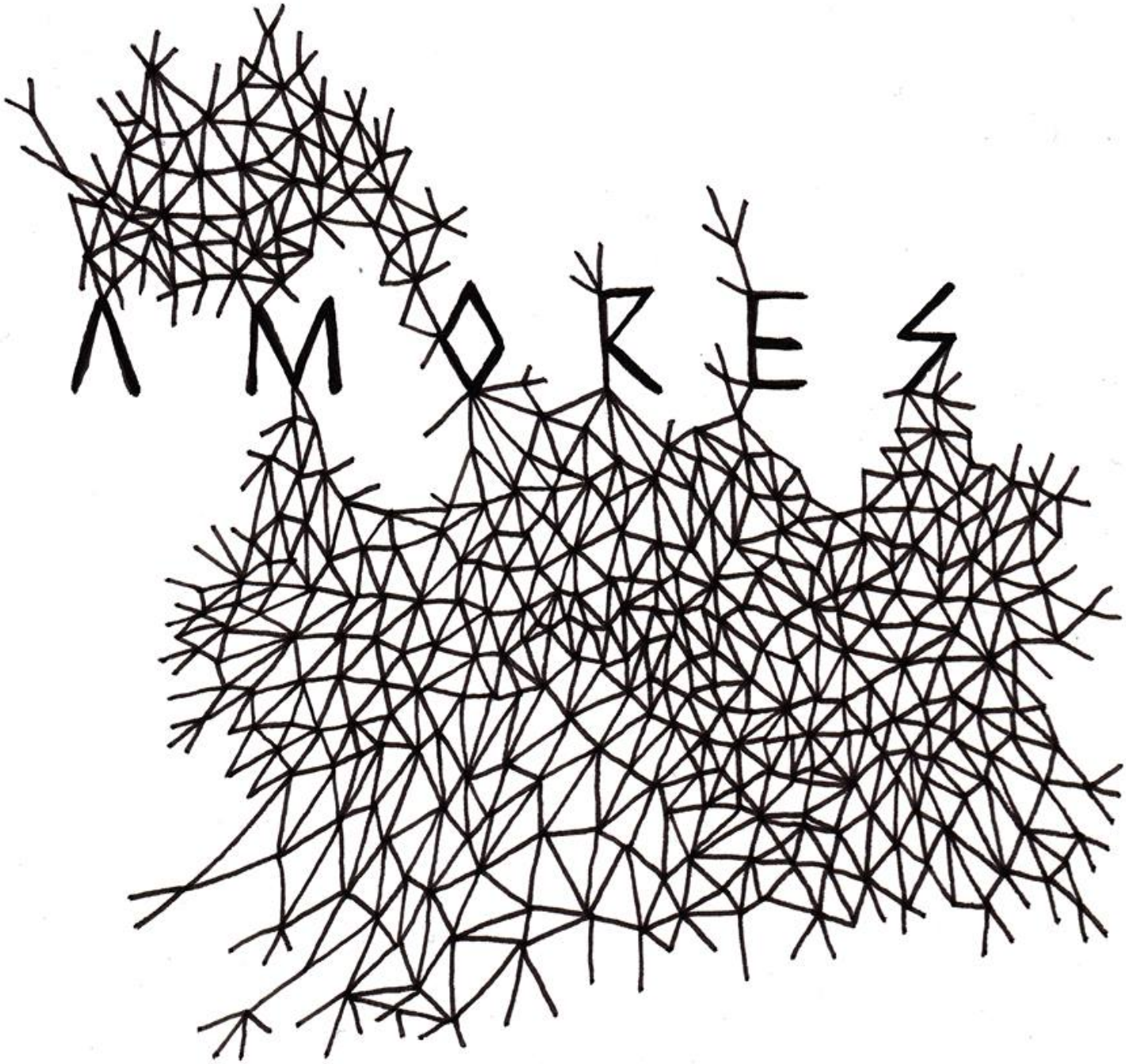
Alex Xavier Aceves Bernal
Obra gráfica



Brigitte Vasallo
Redes Afectivas y Revoluciones

Pensar*é* Cartoneras es un principio de existencia, es también una *apuesta*. Se trata de visibilizar textos de márgenes en formatos de márgenes. El material reciclable es tanto el recipiente -la vida del cartón- como el contenido -la vida en los textos-. Las ideas pueden ser también reciclables, viajeras y se han de apropiar. Por ello los textos son reproducibles, abiertos, manipulables bajo una idea ya conocida

"texto global, tapa local".

El proyecto nace de un impulso de crítica social, divulgación e interdisciplinariedad para una práctica/teórica de la vida digna. Los textos aquí son una forma de este interés por construir conocimientos junto/ con/ para/ entre los movimientos críticos de lo social que apuestan por la autonomía. Autonomía (práctica -palabra - concepto – límite), que no viene del griego si no del lenguaje común que compartimos aquellos que decimos estar "abajo y a la izquierda".

Pensaré

Pensaré Cartoneras publica con una
Licencia Creative Commons CC-BY-NC-SA

Reconocimiento – NoComercial – CompartirIgual :
No se permite un uso comercial de la obra original ni de las posibles obras derivadas, la distribución de las cuales se debe hacer con una licencia igual a la que regula la obra original.

pensarecartoneras.wordpress.com
pensarecartoneras@gmail.com

ZONA TEMPORAL AUTÓNOMA DEL CLOT
(CERCA DE BARCELONA)
2014

3ª Edición Febrero Oaxaca/València 2015

Una Invitación a leer :
Amores. redes afectivas y revoluciones.

1

#*OCCUPYLOVE*
por una revolución de los afectos

3

polyamor y redes afectivas
¿reforma o revolución?

15

romper la monogamia
como apuesta política

21

Una Invitación a leer:
Amores. redes afectivas y revoluciones

Es más que probable que lo que se mueva hoy, sea lo que sea, tenga su motor principal en los afectos. Más concretamente, en el retorno extraño a la centralidad política de la afinidad y las afecciones reconstruidas ahora de una manera distinta. Queremos decir que lo político, hoy, aquí y allá, entiende cada vez más que puede articularse a partir de la creación de redes (¿transnacionales?) que vienen a sostenernos desde lógicas que no necesariamente entienden el lenguaje de lo establecido. Lógicas y redes que generan un lenguaje común. Común e incapaz. Porque de aquí, de la incapacidad hemos de hacer potencia política. Reconocer nuestros límites para que nuestras prácticas afectivas puedan tener su base en lo cotidiano, en lo que llamamos para entendernos entre nosotras: lo real.

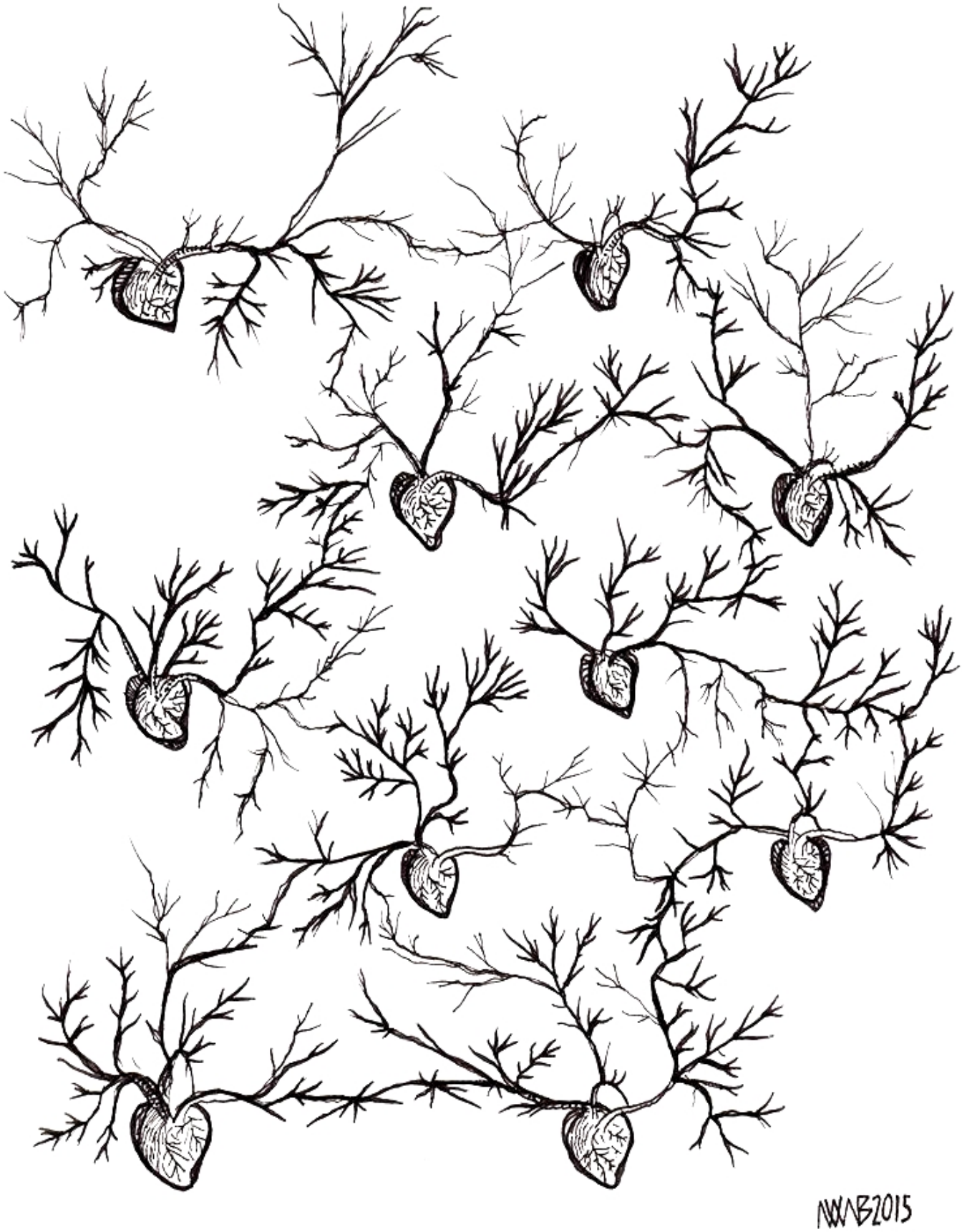
En los textos que aquí siguen, rescatados y reeditados, Brigitte hace un amor entre teoría y praxis. Desde un lugar que

no vamos a decir, se lanzan palabras para ser escuchadas y aprehendidas y para que también ese proceso pueda empezar al ritmo de cada una. Sin rumbo, como las raíces de una patata. El polyamor, el amor libre, puede también ser repensado así como las formas de maternidad; no debe ser sacralizado en ningún círculo para poder ser atravesados por las más y no capitalizado por las voces de los menos. Atentas, nos recuerda Brigitte, a la posibilidad neoliberal de traducir para-sí y no para nosotras la idea de un amor siendo en libertad. El amor libre no se entiende sin una ética colectiva de los cuidados que nos debemos, aquellos que nos hacen comprender como se puede ir tejiendo red con alegría.

Esta tercera edición se expande con la obra gráfica de Alex Xavier Aceves Bernal, ilustrador mexicano y coordinador de arte de Revista Hysteria. Para ampliar la red que teje el texto de Brigitte Vasallo.

#OCCUPYLOVE

por una revolución de los afectos



En una época especialmente intensa en reivindicaciones, resistencias, disidencias y debates, también la monogamia se está poniendo sobre la mesa. Aunque parezca un mal menor cuando nos estamos enfrentando al mismísimo Mal en mayúsculas - al capitalismo salvaje, a la precarización última de las vidas, a la destrucción del planeta, al auge del fascismo - el sistema monógamo, es una extraordinaria herramienta de control social que secuestra nuestra sexualidad y nuestros afectos y determina la manera en que construimos esos nuevos mundos a los que aspiramos. Y los construimos infectados con el gérmen mismo de las estructuras que queremos combatir.

En la base del secuestro está un ideal romántico que tenemos totalmente naturalizado. Bombardeadas desde el nacimiento mismo a través de todos los cuentos infantiles, de todas las películas, de toda la música, de toda la literatura que no ha sabido poner en duda el modelo sino que se ha dedicado simplemente a narrar sus consecuencias: toda nuestra producción cultural está impreganda de monogamia, de patriarcado y de heteronormatividad. El amor y el desamor,

que son lo mismo, al fin. La trama ultrasabida de chicx encuentra a chicx, flechazo, aparición de un tercer elemento en discordia, siempre en discordia, y dramón al canto. Y vamos naturalizando que el dramón es la única salida, la única respuesta, la única manera de vivir el amor.

Pero ese amor es una construcción totalmente interesada. Permitidme que rechace el término "amor romántico" y lo sustituya por "amores disney". Introducir la palabra romántico nos lleva directamente a las imágenes de cenas con velitas y fines de semana revolcándonos frente a la estufa. Y en nuestros mundo nuevos, todas queremos velitas y revolcones. Tranquilas: el veneno no está ahí, sino en el siguiente paso, en la transformación de eso en un "amor Disney".

"El amor libre, que nació como resistencia, se ha ido despolitizando para convertirse en una siembra de cadáveres emocional "

El amor Disney es un amor eterno, único y exclusivo. Una historia de cuento que, sin embargo, no nos hace inmunes al

amor. Lo que debería ser una buena noticia, porque un mundo de personas inmunes al amor sería un infierno peor que el que vivimos, es una mala noticia porque entra en contradicción con eso que hemos aprendido a llamar amor. En la vida real nos enamoramos, amamos, y seguimos enamorándonos a nuestro pesar de otras personas, seguimos sintiendo el latigazo de la pasión, de los deseos, de la curiosidad, seguimos cruzándonos con seres que nos conmueven (conmover, ¡qué gran palabra!). Y es ahí donde somos secuestradas. Donde nos negamos, nos prohibimos sentir. O prohibimos a las demás que lo hagan.

Si un sistema semejante no ha explosionado por sí mismo es porque, como buena olla a presión, tiene válvulas de escape. Hay dos principales: la mentira (o las verdades a medias) y la desvinculación. El adulterio de toda la vida, sobrellevado de muy diversas maneras, nos ayuda a vivir, sin duda, pero no hace más que alimentar el sistema, impidiéndonos plantarle cara. Sobre la desvinculación hablamos menos, pero es altamente nociva, pues atiende nuestras pulsiones y pasiones negándonos el vínculo, convirtiendo a los seres con los que nos relacionamos en meros objetos de satisfacción. El usar y tirar.

Es el capitalismo salvaje de los afectos. El amor libre, que nació como resistencia a la institución del matrimonio, se ha ido despolitizando para convertirse en una siembra de cadáveres emocional que tiene más que ver con una libertad neoliberal que con el amor. Con los amores.

¿Cómo imaginar el amar, fuera de este sistema de secuestro? Tal vez deberíamos empezar por definir el amor mismo. Es la primera pregunta que hago en los talleres #OccupyLove y las respuestas siempre son semejantes: el amor es felicidad, es plenitud, es generosidad, es complicidad, es buen sexo, es cariño, es comprensión, es cuidados. Si el amor es todo eso, estamos a un paso de cargarnos el sistema monógamo. Porque nada de eso lleva necesariamente a la monogamia. Ninguna de esas cualidades incluyen la exclusividad, la rabia, el dolor, la sospecha, la inseguridad, el control o la posesión. El amor es plenitud... el dolor y todo lo demás llega ante el temor de perder esa plenitud. Ante la amenaza.

La amenaza sí que es inherente a la monogamia, pues va de la mano de la exclusividad. En el sistema de pensamiento monógamo, los amores se excluyen los unos a los otros. Además, se jerarquizan los afectos, de manera que el amor único y sus derivados "naturales" (la pareja, la familia) tienen un estatus superior a otros afectos, como son la amistad. Y en la cúspide de esa jerarquía solo hay un único espacio. Si desmontamos la jerarquía y proponemos un esquema horizontal, donde los afectos no se jerarquicen y los amores no se sustituyan, la amenaza desaparece.

Pensar el amor, los amores, desde un esquema de redes afectivas, unas redes que aspiren a ese rizoma deleuziano que proponía sustituir los árboles (¿genealógicos?) por los infinitos campos de patatas, cambia todo el planteamiento de nuestras vidas. Pensar los amores desde lo inclusivo nos lleva a pensar el mundo desde lo inclusivo. La diferencia desde lo inclusivo. Desde la convivencia. Desde la suma y no la resta. Desde la cooperación.

"Pensar los amores desde lo inclusivo nos lleva a pensar el mundo desde lo inclusivo. Desde la convivencia."

Amores en red. Políticas en red. Subversiones en red.

En un esquema así, no hay jerarquías: los núcleos afectivos cambian y varían de intensidad, de frecuencia, de potencia, pero todos están interconectados, todos se alimentan entre ellos. En las redes, los amores no son desechados ni sustituidos, sino que se transforman, cambian de lugar o de configuración como cambia la vida misma, pero siguen formando parte del conjunto, de lo que somos. Las personas, los amores de nuestras amadas, reales o potenciales, no son amenazas, ¿por qué habrían de serlo si no son llamadas a sustituirnos?

El amor, pensado así, se construye a cada paso. El amor no es el rayo que te parte, no es la flecha de cupido. Eso es la atracción. Una atracción que se puede convertir en infinitas maneras de relación. Y que descarga de la obligatoriedad y de la necesidad de ser "la mejor". No hay contienda, no hay competición. No hay guerra.

Si somos capaces de crear esta propuesta desde nuestra parte más frágil, que son los afectos, trasladadarla a todos los demás aspectos de nuestra vida no debería ser tan complicado.

Abriendo diálogo del Común

Comentario #20 en respuesta a este texto de Brigitte Vasallo publicado en la web de *Periódico Diagonal*

Ingrod // 15-2-2014

Creo que algunos de quienes han respondido al artículo no lo han comprendido o parece que no lo hayan leído. La autora hace una demoledora crítica al amor libre que nos han vendido. Ella no defiende el aquí te pillo y aquí te mato o el amor como simple búsqueda del placer, como se ha dicho más abajo.

Pienso que el amor nace dentro de uno mismo y no en una relación de pareja, y lo sé porque me he enamorado muchas veces de personas que no me han correspondido, cuando eso sucede reprimes tus sentimientos para no crear conflicto.

La realidad es que nos enamoramos muchas veces en la vida, pero la pasión tiene fecha de caducidad y el amor erótico se transforma en otro tipo de amor más maduro, similar al amor fraterno o una amistad profunda, donde ya hay emociones que van más allá de tener el cuerpo de esa personas en tu cama todo el

rato. Cuando tienes más necesidad de estar siempre con la persona amada es mientras dura la pasión, entonces crees en cualquier cosa, que durara para siempre, que todo irá bien, que la otra persona es la pieza que falta en tu vida, ignoras sus defectos o piensas que el amor los puede cambiar, es el tipo de amor hormonal adolescente, pero por suerte eso acaba pasándose. En ese punto muchas parejas dicen que se les acabó el amor y se separan, otras siguen juntas, por muchas razones conocidas por todos. Pero puede suceder que cuando se llega a esa fase uno de los miembros de la pareja o los dos se enamoren de otras personas, pero siguen queriéndose con ese otro amor madurado. Ahí se genera un conflicto, unos reprimen ese nuevo enamoramiento, por todas las razones por todos conocidas, pero otros deciden llevar los dos a la vez, hasta que la cosa se descubre... Ahí se suele decir que ya no se quería de verdad al primer amor, y por eso se le ha "traicionado", pero eso no tiene porqué ser así. El problema es que el segundo amor es tan verdadero y bueno como el primero y es muy duro renunciar a él, y hay gente que no lo hace.

Todo esto no son teorías ideales, lo vemos en la realidad cotidiana, mucha gente ya no vive en parejas para toda la vida, existe el divorcio, la monogamia

sucesiva, los y las ex, y muchos niños crecen conviviendo con otras parejas de sus progenitores. Esa es la realidad, y sin embargo seguimos creyendo en la monogamia como ideal absoluto, lo que choca con nuestras propias vidas, haciendo tanto daño como los ideales de belleza en chicas anoréxicas.

Mucha gente sigue llevándose bien con sus ex e incluso acostándose con ellos pasado un tiempo, lo que demuestra que las relaciones siguen vivas aunque no exista ya una pareja formal. El amor sirve para establecer vínculos duraderos, a pesar de la monogamia estricta. Conservar esas relaciones sería mucho más constructivo que lo que se hace ahora, que es cortar la relación en cuanto no encaja en el ideal y si te he visto no me acuerdo, o evitar vincularnos con quienes nos acostamos, reduciendo todo al sexo, lo cual no lleva a ninguna parte, es como hacerse pajas con carne.

En cambio si mantenemos los ex como amores maduros que son con el tiempo al final se va formando una red que se complementa con la familia, amigos y demás. No es abolir la monogamia sino ser realista, y no cortar sino complementar, integrar, sumar. Algo que hoy es posible gracias a las redes

sociales, ya no tenemos porqué perder ni olvidar nuestros amores de juventud por culpa del tiempo y la distancia.

Nos hemos educado teniendo la monogamia estricta para siempre como el ideal supremo de amor, y todo lo que se sale de ahí es visto como simples placeres egoístas, de usar y tirar. Por eso confundimos el amor libre con follar con quien nos dé la gana, como prueban algunas respuestas, cuando amor libre significa amar libremente a las personas que queremos cuando queremos y dar amor sin esperar nada a cambio. No simplemente sexo.

En cambio seguimos entregando la mayor parte de nuestro tiempo y energías en exclusiva a un solo amor, y expulsando de nuestras vidas o dejando en segundo plano a otras personas que también nos quieren, y que no son solo otras posibles parejas sexuales, sino también familiares o amigos. Y paradójicamente esa exclusividad deja a mucha gente sin recibir ningún tipo de amor, pues a la hora de formar una pareja somos mucho más exigentes porque tácitamente sabemos que tendremos compartir mucho de nuestra vida con ella. En un momento dado podemos llegar a sentir algo por una persona tullida,

gorda, o de estatus social más bajo, pero reprimimos esa emoción porque no nos interesa tener una relación de pareja, con todo lo que ello implica, con esa persona. Así mucha gente termina sola no porque nadie sienta algo por ella, sino porque no encaja con el ideal de amor dominante. La monogamia estricta hace daño porque te obliga a cortar una relación sino cumple todos los requisitos, y porque te hace expulsar de tu vida a mucha gente que en un momento dado te podría echar una mano, por ejemplo en tareas como educar a tus hijos o atender ancianos. Con lo cual desde un punto de vista práctico, también es dañina.

El poliamor no deja de ser otro ideal si se pretende que consista en tener varias relaciones amorosas de tanta pasión e intensidad como las románticas a la vez, eso es muy complicado, porque la pasión es una emoción volátil, y se puede volver incluso más exigente que la monogamia. Por eso mucha gente lo mira con recelo. Pero si pensamos el poliamor como mantener los vínculos creados a través de la pasión, aun cuando esta pierda intensidad y nos enamoremos de otras personas, algo que está más cercano a la realidad del poliamor que lo que se dice por ahí, es perfectamente viable, y práctico.

POLYAMOR Y REDES AFECTIVAS
¿reforma o revolución?

El paragüas "polyamor" acoje y da cobijo a muchas formas distintas de vivir relaciones consensuadamente no-monógamas y no-posesivas, formas que están en construcción, en conceptualización y en proceso de puesta en común con todos sus matices. En tanto que incipiente y relativamente nuevo, no estamos planteando el polyamor, las redes afectivas, la anarquía relacional como sistema que sustituya al monógamo, sino como una serie de pensamientos y vivencias que abran espacio para construcciones personales y disidentes. No buscamos modelos, sino que compartimos referentes y propuestas. Las discrepancias entre nuestras formas de pensar y de vivir nos alimentan y nos ayudan a crear relaciones DiY (*Do it Yourself*) a partir de herramientas como la comunicación, la empatía y el desafío a las formas establecidas por una moral y unas costumbres que no sentimos como nuestras.

Sin embargo, a medida que vamos creciendo como colectivo, dándonos y adquiriendo sentido, aparece una cuestión de fondo que afecta directamente al alcance de la deconstrucción que las nuevas estructuras afectivas proponen. ¿Hasta dónde llega nuestro pensamiento crítico amoroso? ¿Hasta dónde llega el

poder transformador de nuestra propuesta? ¿Hasta dónde alcanza eso que insistimos en llamar política?

Desgraciadamente, el polyamor se inscribe en un terreno, en sentido literal y metafórico. Un terreno marcado por centros y periferias, por privilegios y subalternidades. El contexto desde el que tratamos de pensar y de vivir, muy a pesar nuestro, es el heteropatriarcado capitalista, esos palabrejos tan de trinchera que vienen a definir un mundo de relaciones desiguales, donde se nos asigna, así de entrada, un montón de imposibles, por ejemplo, una clase social que no mejora proporcionalmente al esfuerzo que le pongas, una nacionalidad que determina desde tu movilidad hasta tu esperanza de vida, un entorno cultural que te empapará de estructuras invisibilizadas, y un género que decidirá, al margen de tu opinión, desde tus deseos sexo-afectivos hasta tu gusto en cuestión de colores.

“Si nos nombramos políticas, tenemos que atrevernos a mover cosas que nos afecten”

Que somos una amalgama de privilegios y opresiones es algo tan evidenciado ya que da vergüenza escribirlo. Pero, por obvio

que sea, hay que seguir recordándolo hasta la náusea, hasta que saltarse por alto esa obviedad suponga un descrédito tan grande que acabe con tu vida social para siempre. Todos y todas somos una mezcla de opresiones y privilegios, y tenemos una sensibilidad a flor de piel para lo que concierne a nuestro cachito de opresión, pero somo bastante más laxas en lo que a opresiones ajenas se refiere, con la excusa aquella de que si no afecta directamente, parece que no se ve. Así, en el movimiento polyamoroso tenemos claro que la monogamia es el demonio, pero pensar la monogamia como si de un champiñón aislado se tratase es, como poco, hacer trampa: es querer abrir una brecha en el trocito de monogamia que nos oprime personalmente, pero dejar intactas las partes que oprimen a los y las demás... y en las que yo, probablemente, tenga mis privilegios bien asentados.

El ejemplo clásico es el omnipresente hombre, blanco, cis, hetero de clase media que, precisamente por haberle tocado el bingazo de la lotería del privilegio, tiene serios problemas para entender la relación entre el sistema monógamo y la violencia de género, convencido como está de que el machismo ni es para

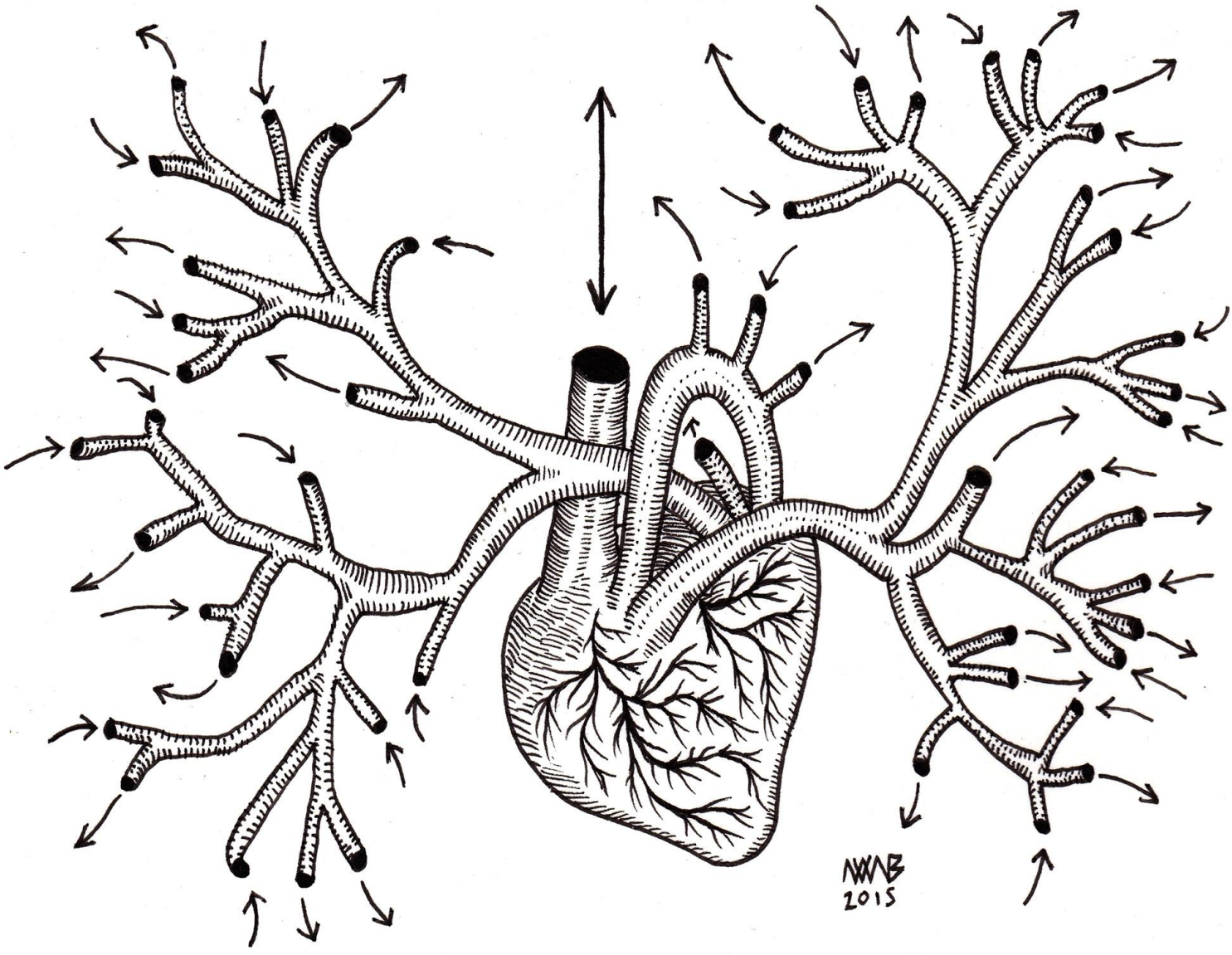
tanto, ni es necesario erradicarlo para construir relaciones amorosas más sanas. Pero este no es el único ejemplo, compañeras: las blancas, heteros, cis de clase media somos reacias a aceptar las críticas trans cuando hemos pisoteado una de sus áreas sensibles (¡y coreamos nosotras también el "vamos, vamos, chicxs, no es para tanto"!), o nos dedicamos a dar charlas y escribir artículos (esa tal Vasallo) como si no hubiese mujeres que necesitan la monogamia para asegurarse la crianza compartida de sus hijos e hijas, por poner un ejemplo sencillo.

Si nos nombramos políticas, tenemos que ponernos las pilas, remangarnos y cavar hasta encontrar las raíces múltiples del sistema. Tenemos que atrevernos a mover cosas que nos afecten, a reconocer errores, a escuchar puntos de vista y necesidades que ni hubiésemos imaginado. A no ofendernos cuando el problema nos apunta directamente: como decía Italo Calvino, el infierno lo formamos estando juntos y juntas. No lo hacen solo los demás.

De lo contrario, el polyamor será apenas una corriente buenrollista de las que afirman que la monogamia no es un sistema

sino una opción como cualquier otra, que el amor no se puede racionalizar para no quitarle la magia y que los Reyes Magos son 3 y viene de Oriente. Será, al fin, una reforma de la monogamia como quien reforma un baño de pisito desarrollista poniéndole baldosas nuevas. Y será, sobre todo, una ocasión perdida para hacer una revolución desde los afectos que constituya un cambio significativo, real, profundo y perdurable en nuestra forma de amarnos, de follarnos, de vincularnos.

ROMPER LA MONOGAMIA COMO APUESTA POLÍTICA



Las maravillas del amor exclusivo y su demonio, la infidelidad real o imaginada, sexual o emocional, física o cibernética son los temas preferidos de todos nuestros delirios, por muy distintas que sean las épocas, los ámbitos y las formas. Amar, sufrir y mentir, el famoso mentir, follar, morir de Céline, parecen parte indivisible de la misma realidad. El amor eterno es el paraíso y su gran enemigo es la infidelidad, así que los cuernos claman la búsqueda de culpables. ¿Quién ha sido? La culpa puede recaer en la persona infiel, convertida de inmediato en una zorra/un cabrón y que merece castigo (la muerte o la muerte en vida que es la soledad y el rechazo); también en la persona cornuda que no ha sabido darle a su pareja "lo que necesita" y merece ser abandonada; o, mejor aún, en la tercera persona "que se ha metido por medio", opción especialmente cómoda porque permite cargarse la pieza que menos duele y seguir adelante con la pareja sin apenas plantearse nada. Es decir, la culpa del dolor la tiene todo el mundo menos la monogamia misma: las miradas nunca apuntan hacia el sistema que queda así al margen del debate y de toda duda.

La monogamia es el único pacto social, junto con el patriotismo (la otra gran forma de monogamia) que es intocable, incuestionable. Hemos dejado de creer en dios, en el capital, en el patriarcado y en los telediarios. Nos hemos cargado la virginidad obligatoria, el matrimonio obligatorio y la heterosexualidad obligatoria. Nos hemos llenado la boca de libertades, indignaciones y asambleas, hemos formulado proyectos de mundos nuevos, de relaciones sociales, vecinales, culturales nuevas, pero al llegar a casa acabamos refugiadas en el esquema conocido de siempre: una cosa es ser liberal y otra cosa muy distinta es ser cornuda. Gritar contra el sistema está muy bien, pero poner tus sistemas emocionales, tus relaciones al frente mismo de la revolución... eso es un auténtico coñazo.

“El amor. Eso existe, claro, lo hemos sentido. Lo hemos vivido. Es real. ”

Pero el amor, esa palabra...

¿Por qué es tan difícil cuestionar la monogamia? Ya no decimos el matrimonio, superado por todo el mundo salvo peperos, gays y hipsters (qué curiosas coincidencias transculturales), pero la pareja cerrada, mirándose eternamente a los ojos y desinteresa-

da del mundo entero, la unidad de felicidad incuestionable que es el dúo tiene una fortaleza teórica envidiable. Teórica, porque a la práctica, cualquier pareja monógama con una mínima duración se tiene que enfrentar a los grandes dilemas del modelo y que pueden ser, por ejemplo, que te enamores del vecino, que te enrolles con una amiga una noche de juerga o que te descubras tendencias eróticas hacia el sexo contrario (contrario al de tu pareja, se entiende).

Posiblemente el gran escollo para el debate sea esa aceptación de la monogamia como sistema natural que la vincula necesariamente al amor como si fuesen sinónimos. Criticar la monogamia es cuestionar el amor, ponerlo en duda. ¡El amor!

Pero ¿qué narices es el amor? Amor son, por ejemplo, el Horacio y la Maga de Cortázar recorriendo París, amándose y desamándose los 155 maravillosos capítulos que componen Rayuela:

> "Total parcial: te quiero. Total general: te amo. Así viven muchos amigos míos, sin hablar de un tío y dos primos,

> convencidos del amor-que-sienten-por-sus-esposas. De la palabra a los actos, che; en general sin verba no hay res. Lo que mucha gente llama amar consiste en elegir a una mujer y casarse con ella. La eligen, te lo juro, los he visto. Como si se pudiese elegir en el amor, como si no fuera un rayo que te parte los huesos y te deja estaqueado en la mitad del patio. Vos dirás que la eligen porque-la-aman, yo creo que es al vesre. A Beatriz no se la elige, a Julieta no se la elige. Vos no elegís la lluvia que te va a calar hasta los huesos cuando salís de un concierto"

El dolor de barriga, la risa floja, la mirada perdida, la alegría constante, el embobamiento. El amor caído del cielo, el rayo que te parte. El amor que lo puede todo, que te cala hasta los huesos, que no entiende de clases sociales, ni de normas preestablecidas, ni de fronteras. Que no tiene lógica ni falta que le hace. El amor que te eleva varios palmos sobre el suelo, que te hace mejor, más alegre, más fuerte, más generosa. Más feliz. Eso existe, claro, lo hemos sentido. Lo hemos vivido. Es real.

Lo que tal vez no sea tan real, ni tan espontáneo, ni tan benéfico es todo el ropaje con el que cubrimos inmediatamente ese

amor que sentimos y que creemos que forma parte del amor mismo. La perdurabilidad y la exclusividad son dos de sus adjetivos: Beatriz, Julieta, (Romeo, Tadzio), para serlo, deben ser amores únicos y eternos. Condiciones sin duda sublimes en este mundo vulgar y efímero.

El gran amor, (también llamado amor romántico), l'amour, es una imagen liberadora pero sospechosamente repetitiva, extrañamente común. Cúspide de la evolución emocional del ser humano, el enamoramiento y su materialización, el everlasting love, nos parece lo más, especialmente comparado con las uniones de conveniencia de siglos anteriores o de latitudes distintas y con los matrimonios tradicionales, unidos por la hipoteca, los churumbeles y la costumbre, desapasionados y malhumorados. El amor romántico ofrece un marco emocional totalmente distinto y aparentemente liberador. La investigadora Coral Herrera Gómez lo explica así:

> "El amor romántico cubre estos anhelos del mismo modo que las drogas, la fiesta o los deportes de riesgo y además está conectado con lo sagrado: la totalidad, la fusión defi-

> nitiva, el placer total, la eternidad (premisa fundamental de todo amor verdadero). Una de las ficciones más importantes que proyecta el amor idealizado es el del cese de ese doloroso sentimiento de soledad que nos acompaña a todos los seres humanos desde la caída de las grandes construcciones sociales, religión o clase social y cualquiera de las instituciones en las que antes nos podíamos sentir pertenecientes a una comunidad o grupo unido por cuestiones religiosas, económicas o políticas. Así, representaciones simbólicas con mitos como el de "la media naranja" (de resonancias platónicas), nos anuncian el fin de la perpetua soledad a la que estamos condenados".

Poner en cuestión l'amour, tratar de pensar modelos que desmonten la monogamia obligatoria y que la conviertan en una opción personal entre otras muchas posibles, no es cuestionar el amor. Bien al contrario, es tratar de entender el Amor, en mayúscula, más allá de sus construcciones, del amor en minúscula. Es seguir apostando por él, más allá de los finales felices y las comidas de perdices.

Hate that I love you

La mayor amenaza para la monogamia obligatoria y todas sus imágenes es la vida misma. Una estúpida vida que se niega a morir a pesar del amor, que insiste en cruzarnos con personas fascinantes, sensuales, divertidas y amargamente tentadoras. Una vida que, a pesar de todos los cuentos y todas las canciones, no cancela los deseos por causa del amor. ¿Cómo sellar de una vez la puerta de ese magnífico y elástico cuarto de los hermanos Marx que son nuestro corazón y nuestra cabeza? Si queremos ser honestas y consecuentes con nuestros pactos monógamos parece que solo hay una vía: la renuncia, la represión, el autocontrol, la fidelidad entendida como exclusividad.

“El triángulo amoroso que forman la monogamia, la fidelidad y el amor romántico usa términos del capital para definirse”

El epicentro emocional de la fidelidad viene dado con el concepto mismo: en el sistema de pensamiento monógamo apenas podemos estar enamoradas simultáneamente de dos personas, porque no sabemos ni cómo construir semejante imagen. Sí amamos simultáneamente a mucha gente, pero solo nos atreve-

mos a darle a una la connotación romántica. El epicentro sexual de la cuestión también se asume sin mucha duda en un principio pero contiene retos importantes. Tener relaciones sexuales durante toda la vida (el amor eterno) con una misma única persona no siempre es tan satisfactorio como dicen las películas. Para empezar, porque las personas evolucionamos sexualmente a través de los años, y por mucho que ames a tu pareja, no siempre evolucionas en la misma dirección. Para seguir, porque una sola persona difícilmente puede cubrir todas las fantasías sexuales a riesgo de convertirse (y convertirla) en una esclava sexual. Y, para acabar, porque hay algo que una pareja de largo recorrido, por pura definición, no puede ofrecer: la novedad. Y la novedad, en términos sexuales, puede ser muy atractiva. Hay, pues, una cuestión práctica de necesidades, deseos y fantasías en la gestión de la fidelidad.

Hay también una cuestión moralista que aparece por los bajos fondos: si nuestro amour nos pidiese dejar de hablar con los demás de por vida nos parecería aberrante y saltarían todas las alarmas del maltrato. Pero al tiempo que pensamos el amor como un sentimiento exclusivo, pensamos el sexo más como un

vicio que como una parte esencial del ser, necesaria y constituyente de la vida. Por eso cuesta tanto reivindicar y defender la diversificación sexual, especialmente para las mujeres e incluso ante nosotras mismas. En una sociedad pobre en lenguaje y lecturas, las mujeres sexuales contamos con el privilegio de la sinonimia: zorras, putas, guarras o, para los listos de la clase, ninfómanas, el término buenista que convierte nuestra sexualidad en una patología (de satiriasis, su equivalente masculino, nadie ha oído hablar). Sigue siendo más fácil y más serio decir "tengo sed" que afirmar "quiero follar". Pero son gritos igualmente vitales e igualmente necesarios.

Por si fuera poco, también hay una cuestión política implícita en esa fidelidad sexual y emocional entendida como componente obligatorio del dúo feliz: la propiedad de los cuerpos y de los placeres que nos adentra en las marismas del capitalismo emocional.

El capitalismo emocional

"Eres mío", "yo soy tuya", "te lo he dado todo", "te debo la vida", "me robaste el corazón", "voy a conquistarla". "Me las pagarás".

El triángulo amoroso que forman la monogamia, la fidelidad y el amor romántico usa términos del capital para definirse. Y las palabras, lo sabemos, no son inocentes. Si nuestro impulso romántico busca la media naranja, una vez que logramos ser naranjas completas la otra persona nos pertenece. O, al menos, pertenece a ese cítrico redondamente perfecto que formamos como dúo. Así, como propiedad, si nuestra "mitad" tiene relaciones sexuales o afectivas con otras personas nos está quitando algo que nos pertenece, está disminuyendo nuestra parte de ser. Compartir el amor es, sin duda, el infierno. Pero, en realidad, el amor no se comparte. No es como alquilarle una habitación en tu casa a alguien, o como dejarle la ropa a tus hermanos, o como viajar en un mismo coche para pagar a medias la gasolina. El Amor, con mayúsculas, no es un bien escaso sino un órgano que crece cuando lo ejercitas, un ser vivo que responde al alimento. El amor debería ser energía renovable, ese estado ideal que no resta, sino que suma. Que no te mengua,

sino que eleva tu potencia y te hace grande. Maite Larrauri lo explica así en su libro *El deseo según Deleuze*:

> "Vamos a tomar prestada una idea de Nietzsche y definiremos a las personas vitalistas como aquellas que aman la vida no porque están acostumbradas a vivir, sino porque están acostumbradas a amar. Estar acostumbrada a vivir significa que la vida es algo conocido, que sus presencias, sus gestos, sus sucesiones se repiten y ya no sorprenden. Amar la vida porque estamos acostumbradas a vivir es amar lo que ya hemos vivido. En cambio, amar la vida porque estamos acostumbradas a amar no nos remite a una vida repetitiva. Lo que se repite es el impulso por el cual nos unimos a las ideas, a las cosas y a las personas; no podemos vivir sin amar, sin desear, sin dejarnos llevar por el movimiento mismo de la vida. Amar la vida es aquí amar el cambio, la corriente, el movimiento perpetuo. La persona vitalista no ha domesticado la vida con sus costumbres, porque sabe que la vida es mucho más fuerte que una misma"

Entendido de esta manera, el amor no crea cítricos... sino campos patatas. El campo de patatas deleuziano o la metáfora de los amores en red

¡En pie! Escuchemos a Deleuze y Guattari:

> "Contrariamente a los sistemas centrados (incluso policentrados), de comunicación jerárquica y de uniones preestablecidas, el rizoma es un sistema acentrado, no jerárquico y no significante, sin General, sin memoria organizadora o autómata central, definido únicamente por la circulación de estados".

Podríamos entender las relaciones amorosas, afectivas y/o sexuales, partiendo de esta idea: el amor ni empieza ni acaba obligatoriamente en el dúo sino que puede tener otras formas; crear, en lugar de estructuras cerradas, "películas", "núcleos afectivos", como propone la (h)artivista Marian Pessah, que se puedan relacionar entre ellos, que se alimenten, que compartan espacios físico y/o emocionales. Crear rizomas, campos de patatas interconectadas entre sí, con lugares de unión y zonas de tránsito, con núcleos acentrados y solidarios. El amor, en esta imagen, no es la patata: una patata por sí sola no es más que un pobre tubérculo. El amor, nuestra vida amorosa, afectiva, sexual es todo el campo, todas las relaciones que establecemos los unos con las otras, y las relaciones de todos ellos con todos los

demás. Un sistema de alimentaciones multidireccionales y constantes, de cuidados compartidos, una red o, como apunta el activista David M., un sistema de amores de código abierto, como Linux: sin propiedad, sin forma final y preestablecida, sino en constante transformación gracias a las aportaciones de la comunidad que lo compone. Deleuze y Guattari oponen el ejemplo del árbol (estructura jerárquica) frente al rizoma, el campo de patatas, horizontal. En la gestión de los amores, podríamos oponer el bloque de pisitos del capitalismo emocional a las acampadas horizontales de los amores en red. Igual que tomamos las plazas deberíamos tomar las relaciones y empezar a construir desde ellas un mundo nuevo.

¿Precioso, verdad? Pues, ahora, las malas noticias, porque nuestro paraíso particular tiene dos peligros mortales: los celos y el escaqueo. Y de ambos lo más fácil de gestionar, lo creáis o no, son los celos.

Los celos

A menudo se dibuja a las personas que proponemos relaciones no-monógamas como personas que no somos celosas. Tenemos el privilegio de la indiferencia y por lo tanto podemos llevar a cabo relaciones de este tipo. No es así: en cualquiera de las propuestas que pueden englobar las relaciones no-monógamas, los celos y su gestión son un tema central. Tal vez la diferencia es que los discursos no-monógamos no contemplan los celos como determinantes en las relaciones y no se entienden como causa sino consecuencia, no como enfermedad sino como síntoma de carencias o necesidades no atendidas, y que pueden colmarse y calmarse.

“Del mismo modo que la posesión de los cuerpos y deseos ajenos forma parte del capitalismo emocional, la desvinculación de los mismos también ”

Según uno de los libros de referencia sobre la cuestión de los amores no-monógamos, *The Ethical Slut:*

> “escuchar a tu amante cuando siente celos puede ser difícil. A veces nos resulta más fácil enfadarnos y echar a nuestra pareja de nuestro lado que mantenerse cerca cuan-

do está sufriendo, para empatizar, para apoyar, para cuidar. Cuando culpamos a nuestra pareja por sentir celos, estamos intentando justificar nuestro intenso deseo de no tener que escuchar cuánto duele cuando vamos camino de la puerta para ir a jugar con otra persona. Es una manera horrible de evitar tener que enfrentarte con tus sentimientos de culpa. Si esto te suena familiar, si has experimentado momentos como éste en tu vida, te recomendamos que practiques la habilidad de quedarte en silencio con el dolor de tu amante y el tuyo. Recuerda, tú no tienes que solucionar nada, todo lo que tienes que hacer es escuchar, a ti o a la otra persona, y entender que duele. Punto.

La manera de desaprender los celos es abrirse a experimentarlos. Eligiendo activamente el experimentar un sentimiento doloroso como los celos, estás empezando a reducir el poder que tienen sobre ti. Primero, tú decides que tus celos no te van a hacer salir corriendo. Y ejercitas tu primera manera de controlar los celos: Me voy a mantener firme y voy a ir a mi ritmo y el de mis sentimientos".

Las experiencias compartidas parecen coincidir en que la mejor manera de desactivar los celos es la comunicación y la empatía. Poder explicar a las personas con las que te relacionas cómo te sientes respecto a tu entorno afectivo y sexual sin miedo a jui-

cios ni reproches, poder compartir dudas, angustias y temores y poder recibir respuestas que te calmen los demonios hasta que los demonios desaparezcan por sí mismos. Tantos siglos de educación monógama no se solucionan simplemente decidiendo no ser monógama. Hay miles de teclas que se mueven con esa decisión y sentirte acompañada por las personas que te quieren y que también siguen sus propios procesos es de una ayuda inestimable. Las primeras veces que rompes el vínculo entre amor y monogamia parece abrirse todo un abismo ante ti, pero solo hay que dar el paso: con tranquilidad, con honestidad, con calma. Y descubrir que en el infierno de los celos, al fin, no hay más que cuatro demonzuelos mal puestos y absolutamente superables.

El escaqueo emocional

Los celos son gestionables y vencibles. Hay libros para aconsejarse, fórmulas demostradas y grupos de apoyo para superarlos y vivir sin ellos. Sin embargo, contra el escaqueo hay poco remedio. Las relaciones no-monógamas son también el refugio y la excusa perfecta para el individualismo emocional, para es-

conder bajo una pose moderna la incapacidad para el compromiso con la vida misma: amar a mucha gente para en el fondo no tener que amar a nadie.

Del mismo modo que la posesión de los cuerpos y deseos ajenos forma parte del capitalismo emocional, la desvinculación de los mismos también lo es, pues comparte con ella la cosificación, el usar y tirar: las personas y los cuerpos como puro objeto de consumo, como entes substituibles.

En el campo de patatas del amor, en el rizoma, ningún elemento es substituible y ninguno es prescindible: las relaciones y las personas cambian, se transforman, influyen las unas en las otras y en ocasiones desaparecen y aparecen otras nuevas. Pero no aparecen en su lugar, no suplantan. El imprescindible *Golfxs con principios* (www.golfxsconprincipios.com) propone cuatro cualidades para el vínculo no posesivo que, sin ser las únicas, son sin duda esenciales:

> "Ser honestxs, ser sincerxs con nosotrxs, y también con la otra persona. Si se tiene prisa, si se lee la línea y se quiere pasar a la siguiente, se puede pensar: "Ahá, honestidad,

vale, lo soy bastante". Pero la verdad es que no es tan sencillo. La *honestidad* para admitir dónde metemos la pata, donde no somos tan buenas personas, sinceridad para admitir en qué momento no respetamos lo suficiente a la otra persona… eso no es nada fácil de admitir. Y que la otra persona sepa realmente lo que pensamos, queremos, deseamos…tampoco es tan fácil

Entender que no poseemos a la otra persona, que no es nuestra propiedad. De nuevo parece sencillo, pero en la realidad cuesta olvidar los mitos de la media naranja y entender que es una persona independiente, que puede hacer lo que le dé la real gana, porque es una persona aparte… Tampoco es fácil.

Respetar los acuerdos con la otra persona. No sólo cosas tan serias como si follarás con condón o no, o si tendrás relación emocional o solo sexual. También los acuerdos sobre a qué hora aparecerás, sobre los días que estarás con esa persona… respetar esos compromisos y no fallar a la primera de cambio.

Saber dar afecto y apoyo emocional, contribuir a que la otra persona se sienta bien. Saber demostrar nuestro cariño. Sa-

> ber comunicar a la otra persona lo importante que es para nosotrxs".

El cambio de paradigma que propone la ruptura de la monogamia obligatoria no es la banalización definitiva de los amores, sino todo lo contrario: el compromiso final, el que late en el fondo de los compromisos políticos, ideológicos y sociales, pero que es bastante más jodido, bastante menos vistoso y bastante más arriesgado.

> "Comprometerse es, en el fondo, dejarse comprometer, dejarse poner en un compromiso. Eso quiere decir romper barreras de inmunidad, renunciar a la libertad clientelista de entrar y salir con indiferencia del mundo como si fuese un supermercado o una página web. Quiere decir dejarse afectar, dejarse tocar, dejarse interpelar, saberse requerido, verse concernido.... entrar en espacios de vida en los que no podemos aspirar a controlarlo todo, implicarnos en situaciones que nos exceden y que nos exigen inventar nuevas respuestas que tal vez no tendremos y que seguro que no nos dejarán igual. Todo compromiso es una transformación forzosa y de resultados no garantizados".

En esta cita de la filósofa Marina Garcés está la clave del cambio de paradigma. No vale la pena desmontarlo todo para volver a montar lo mismo con otro nombre. Las nuevas formas de amarnos, de follarnos, de mezclarnos, de relacionarnos no se pueden construir desde la miseria emocional sino desde la alegría y desde el coraje, poniendo la propia vida en juego, escribiéndola en las pancartas, enseñándola a nuestras hijas e hijos, defendiéndola a cara descubierta, convencidas de que cada vez que le abrimos la puerta a nuestro amor para que vaya a encontrar otro amante estamos construyendo un mundo nuevo. Desde la intimidad menos vistosa de nuestra vida privada, sí, pero con las bases mucho más perdurables, mucho más transformadoras, de la vida propia como revolución cotidiana.

“No vale la pena desmontarlo todo para volver a montar lo mismo con otro nombre. Desde la intimidad menos vistosa de nuestra vida privada, sí, pero con las bases mucho más perdurables, mucho más transformadoras, de la vida propia como revolución cotidiana.”

B.Vasallo